



Admiranda: cuatro libros sobre la grandeza romana, ed. de Juan R. Ballesteros Sánchez, Publicaciones UHU, Biblioteca Montañana, Huelva, 2021, 738 pp. ISBN: 978-84-18628-10-8.

A decir verdad, ¿qué poco importan estas cosas por las que nos peleamos? letras, sílabas, palabritas. Me entran ganas de reír cuando veo las contiendas que enfrentan a hombres graves e insignes por estas menudencias.

Con estas palabras se refiere Justo Lipsio (1547-1606), en su *Liber commentarius*, a las disputas filológicas en las que él mismo, por su formación, participaba. Nacido en Overijse, muy cerca de Bruselas, Lipsio completó, entre su educación con los jesuitas de Colonia y el *Collegium Trilingue* de Lovaina, una amplia formación filológica.

Tras dedicarse a estas “menudencias” en su juventud, apareció en Lipsio el interés por otros campos: la política y la historia. *Admiranda* constituiría el producto final de la unión entre estas nuevas preocupaciones y la base filológica del humanista belga.

Para entender una obra que tiene para nuestros tiempos un interés primordialmente historiográfico, es necesario conocer el contexto, tanto personal como histórico, en el que está escrita. Lipsio vivió en la Europa del imperio de los Habsburgo y las disputas religiosas entre protestantes y católicos. Al ser belga, sintió en primera persona las consecuencias de la Guerra de los Ochenta Años. Durante este periodo convulso, Lipsio vivió dos años en Roma, visitó la corte imperial de los Habsburgo en Viena, ejerció como profesor varios años en la universidad protestante de Jena, pero lo más significativo es el viaje que llevó a cabo entre 1591 y 1592, cuando abandonó su preeminente posición en la universidad calvinista de Leiden para volver a Bélgica, a la ciudad de Lovaina, foco católico y antirreformista.

Estos movimientos vitales dotan de cierta complejidad a la vida de Lipsio. Había servido muchos años en instituciones protestantes y llegó a criticar severamente la política hispánica en los Países Bajos en sus *Orationes Octo*, para, finalmente, abandonar una cómoda posición en aquel mundo y pasar el resto de sus días en la católica Lovaina. Este movimiento, que ya causó polémica en su época, sigue siendo uno de los puntos que más debate genera —y que más críticas hacia su persona ha generado¹— de la biografía lipsiana.

¹Werner Thomas diría en un artículo sobre este traslado que detrás de la imagen del “great philosopher”, Lipsio no era más que “a small person”. WERNER THOMAS, *The world of Justus Lipsius: A contribution towards his intellectual biography. Proceedings of a colloquium held under the auspices of the Belgian Historical Institute in Rome (Rome, 22-24 May 1997)*, ed. de Laureys M., Bruselas-Roma, 1998, p. 366, *apud* Ballesteros, *Historia romana para tiempos modernos: Los Admiranda de Justo Lipsio*, Universidad de Huelva, 2008, p. 25.

Tenemos, pues, a un humanista con una extensa educación filológica, con grandes intereses en la política y la historia, que decide, por motivos no muy definidos,² pasar sus últimos años en Lovaina, una fortaleza contrarreformista, cuando ha ocupado durante largas partes de su vida posiciones en instituciones protestantes. Es precisamente en esta última etapa en Lovaina cuando escribiría su *Admiranda* (1598).

El profesor Juan Ramón Ballesteros, doctor en Historia Antigua, es un especialista en el ámbito del humanismo filológico de los siglos XVI y XVII, y su particular interés por Justo Lipsio se remonta a su tesis doctoral —de la que me he servido como base para esta reseña, y cuya aplicación es la edición de *Admiranda*, publicada por la Universidad de Huelva—, trabajo historiográfico en el que investiga con detalle las diversas facetas intelectuales de Justo Lipsio —esto es, la filología, la política, y la historia—, aplicándolas a la obra que nos compete. La diligencia con la que el profesor Ballesteros ha llevado a cabo la traducción del texto latino y el aparato crítico de esta edición, que localiza escrupulosamente la localización de las numerosas menciones que Lipsio hace de autores clásicos, es intachable. Además de lo ya mencionado, Ballesteros recoge también las lecturas filológicas actuales que se tienen de los cambios textuales que sugiere Lipsio a lo largo de la obra, en su mayoría, referentes a cifras y cantidades expresadas en las fuentes antiguas, tema por el que el belga muestra un gran interés. Siempre resulta interesante comprobar si los filólogos posteriores concuerdan con las hipótesis de nuestro autor. Por lo demás, son muy escasas las ocasiones en las que Ballesteros no es capaz de ofrecernos la localización exacta de alguna cita, aunque es sensato pensar que estos casos pueden encontrar su explicación en textos potencialmente corruptos que podría haber manejado Lipsio, en una errata del tipógrafo o simplemente en un error del autor.

El *Admiranda sive de Magnitude romana libri IV* es una obra escrita en forma de diálogo, en el que los interlocutores son el propio Lipsio y un discípulo suyo. Este, durante cuatro días (cada día representaría uno de los cuatro libros en los que se divide la obra), va a visitar a su maestro para que le hable de la *grandeza* romana y de todas las cosas *admirables* de aquel imperio. Lipsio dedicó la obra al archiduque Alberto de Austria, soberano de los Países Bajos —gesto en el cual se intuyen claramente las pretensiones políticas de nuestro autor—. Los libros van precedidos por una carta dedicatoria al archiduque, y por un preámbulo al lector. Impresa la primera edición en el año 1598, Lipsio realizaría dos revisiones posteriores, siendo la tercera edición, lanzada en 1605, la versión definitiva de la obra.

En el primer libro, Lipsio describe los territorios y las fronteras imperiales, así como la organización de su ejército, su flota, y su potencia demográfica. Dejando de lado la metodología histórica, esto es, la historiografía, sobre la que hablaremos más adelante, y centrándonos únicamente en el contenido, todos los capítulos de este libro tienen un carácter anticuario, pero llaman la atención, por el contexto en el que fueron escritos, los dos últimos.

En el sexto capítulo, Lipsio trata el tema de las colonias romanas. El paralelismo con el Imperio español en América es evidente. Se estudian las colonias como útiles centros culturales y de poder desde los que expandir el control imperial sobre las zonas conquistadas. En la nota 3, Lipsio menciona directamente la situación de los españoles y desaconseja los matrimonios mixtos entre colonos e indígenas, pues esto puede provocar que los descendientes de estas uniones sientan que su patria es su región, no

²El mismo Lipsio aduce dos razones para su traslado: *Religio et Fama*. JUSTO LIPSIO, *Iusti Lipsi Epistolae, Pars XIII-1600*, ed. de Jan Papy, Bruselas, Koninklijke Academie voor Wetenschappen, Letteren en schone Kunsten van België, 2000, 00 10 01, apud ib. Ballesteros [tesis], p. 25.

la metrópoli imperial. La relación entre el Imperio romano y el español que se encuentra en *Admiranda* será discutida posteriormente.

En el capítulo 7, Lipsio expone que una de las mayores razones por las que Roma gozó de un considerable poder demográfico fue la capacidad de integración de las poblaciones conquistadas: esta es, según Lipsio, una de las herramientas más importantes para asegurar la fortaleza de un imperio, que tendría que utilizar indudablemente los Habsburgo para completar su proyecto de una monarquía universal católica que fuera capaz de enfrentarse unida al islam, encabezado por el Imperio otomano. Vemos pues, de nuevo, cómo un capítulo monográfico, a priori de temática anticuaria (la demografía romana), puede tener una lectura moderna y ser proyectado sobre la Europa del siglo XVI.

En el segundo libro, Lipsio describe la tributación romana. Expone, en primer lugar, el sistema impositivo y su evolución a lo largo del tiempo (el lector se encuentra en este recorrido muchas curiosidades, como el “vectigal urinario”, que resulta algo desagradable e indigno para el discípulo), para luego hacer una lista de algunos de los triunfos más significativos de la historia de Roma. Llama la atención el capítulo quinto, en el que Lipsio trata el tema de las minas —de nuevo, el paralelismo con el Imperio español es evidente—. Tras llenar el erario con este recorrido por los ingresos romanos, Lipsio se dispone a continuación a vaciarlo. Para ello, menciona el gasto militar, el pago a los magistrados, la *frumentatio* —sistema en el que el príncipe repartía grano al pueblo “frumentario”, esto es, a los ciudadanos más pobres de la ciudad de Roma—, la celebración de los juegos públicos y las ingentes donaciones principescas, que variaban según la liberalidad del emperador que ocupara el trono.

El libro tercero versa sobre las construcciones romanas. A lo largo de catorce capítulos, Lipsio trata primero algunos edificios provisionales, resaltando su estrafalario lujo. Más adelante, sus investigaciones se centran en la propia ciudad de Roma: primero, describe su localización, para después estudiar el tema de su población, proponiendo cifras que hoy en día se consideran excesivas.³ En los capítulos siguientes, Lipsio estudia algunas de las construcciones romanas públicas más destacadas, comenzando por los templos más ilustres de la ciudad, continuando con los foros, las termas y los baños, las estatuas, las vías, los acueductos, las cloacas —tema sobre el que el discípulo muestra algunas reservas—, y culminando con el puente de Trajano sobre el Danubio. En el último capítulo, Lipsio discute las obras privadas. Seguramente, este libro es el que tiene un mayor sabor anticuario de toda la obra.

El cuarto y último libro trata del debate que tienen el discípulo y Lipsio sobre las virtudes cívicas y militares de los romanos. Lipsio alaba sus virtudes, hasta que el discípulo toma la palabra y ataca todo lo que acaba de defender su maestro, haciendo uso de testimonios antiguos para respaldar sus argumentos. Una vez le llega el turno a Lipsio de responder, utilizando también textos clásicos —en ocasiones, los mismos de los que ha hecho uso su discípulo en su discurso—, derribando sus argumentos “de dos o tres empujones” (p.633). Una vez el discípulo admite la derrota y se pone fin al debate, Lipsio cierra el libro, y por lo tanto la obra, hablando de la educación en Roma, de la controvertida patria de Constantino y concluye con una última alabanza al Imperio Romano.

Lipsio no tiene la intención de crear una narración sobre Roma. Su estilo historiográfico es más bien descriptivo, aunque no niega las evoluciones que con el tiempo puede haber experimentado aquello que trata, vertebrando su discurso sobre citas de autores clásicos. El aspecto filológico de la formación lipsiana está presente a

³Lipsio calcula la población de Roma en unos cuatro millones de habitantes en su época de mayor esplendor, p.387.

lo largo de la obra, siendo muy frecuentes sus comentarios y propuestas de correcciones a las citas de los clásicos, interesándose sobre todo por las cifras ofrecidas. Como hemos dicho más arriba, las notas añadidas por el profesor Ballesteros contextualizan las opiniones que hoy en día se tienen sobre las especulaciones de Lipsio.

Había dos corrientes filológicas predominantes en la época de Lipsio: la italiana, que tiene su interés primordial en el manuscrito, y la francesa, que basaba sus investigaciones en interpretaciones y conjeturas sobre el contenido de los textos. Lipsio hace uso de ambas en sus análisis filológicos, cosa que puede comprobar el lector a lo largo del *Admiranda*.

A pesar de que, como hemos visto, en *Admiranda* Lipsio no deja totalmente atrás las “menudencias” filológicas ni el matiz anticuario de su investigación, no se puede negar, de igual manera, la intención política del trabajo. El discurso de Lipsio es doble y pretende establecer un paralelismo entre su presente y la antigüedad. Su visión del Imperio romano, observado desde la perspectiva del Imperio español, se constituye como una especie de utopía política, un referente que debe tratar de seguir la dinastía de los Habsburgo para lograr su ansiada monarquía universal. Esta perspectiva resulta estar muy distanciada de la utilizada por un historiador romano dos siglos posterior, al que el nombre de Justo Lipsio ha quedado unido:⁴ Edward Gibbon.

Es objeto de disputa el concretar cómo influyó exactamente el historiador flamenco en el *squire* inglés. Gibbon menciona con más frecuencia a Lipsio en las notas de los primeros capítulos de su obra, sobre todo cuando se trata de datos del ejército romano, como los que ofrece el belga en el primer libro de *Admiranda*. Algunos limitan la contribución de Lipsio a estos aspectos anticuarios. Ballesteros, sin embargo, defiende, en su artículo incluido en el monográfico de Gibbon publicado en la revista *Araucaria*,⁵ que la influencia de Lipsio va más allá de estas cuestiones, suponiendo la obra del flamenco un precedente de la narración gibboniana. El lector deberá leer y comparar *Admiranda* con *Decline and Fall* para establecer una opinión propia.

Dejando, empero, de lado los posibles vínculos que pueda haber entre la historiografía lipsiana y la macronarrativa gibboniana, podemos ver, ya en el título, una diferencia clara de intenciones. En *Admiranda sive de magnitudine romana libri IV*, el Imperio se constituye como una institución *grandiosa*, que posee cosas *dignas de ser admiradas*. Sin embargo, en *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, lo que se destaca es la ruina imperial. La palabra *Decline* ofrece una bonita ambivalencia, sobre todo cuando se intenta traducir al español: puede ser traducida simplemente por *decaencia* —*decadence*—, pero podría ser más adecuado utilizar el término *declinación*, que ilustra mucho mejor el doble sentido con el que Gibbon utilizó esta palabra, pues con *decline* Gibbon no solo se refiere a la *decaencia* del imperio, también se refiere a su *declinación*, esto es, a su rechazo. La distancia de estas posturas es casi extrema: en una obra, se utiliza a Roma como paradigma de la utopía política, esto es, para Lipsio, una utopía *imperial*, que, como se demuestra en su dedicatoria al Archiduque, espera que sea un ejemplo para la Monarquía Hispánica;

⁴ Hay 36 menciones de Gibbon (o gibboniano) en la tesis doctoral de Ballesteros sobre *Admiranda*. Lipsio aparece 38 veces en las notas del autor inglés.

⁵ EDWARD GIBBON, ed. de A. Lastra, número monográfico de *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*, vol. 24, n° 51 (Sevilla, 2022) <https://revistascientificas.us.es/index.php/araucaria/article/view/21738/19650>

en Gibbon, Roma se convierte, sin embargo, en una idea decadente y que ha sido —o debe ser— rechazada.

¿Cuál es, pues, el interés principal que esta obra tiene para nuestros días? A parte de aquellos que sientan una curiosidad anticuaria por la descripción de los varios temas que hemos tratado en el resumen, *Admiranda* supone un valioso trabajo para estudiar la historiografía humanista, frecuentemente olvidada, o pasada por alto. Además, la dinámica del diálogo entre el maestro y el discípulo, que deja algunos momentos irónicos, le sirve a Lipsio para crear un debate artificial con el que reforzar sus argumentos. Puede pasar por nuestra cabeza pensar que Lipsio utiliza la voz de su discípulo como una especie de *alter ego* con el que expresar sus opiniones más peyorativas de Roma y de la misma idea imperial, atacando, por ejemplo, contundentemente la implantación de un sistema colonial.⁶ Sin embargo, mirando la trayectoria vital lipsiana, puede ser prudente descartar esta idea —su traslado definitivo a Lovaina lo demuestra—, y considerar, como hemos dicho, al discípulo como una herramienta que sirve a Lipsio para construir un diálogo mediante el cual desarrollar su exposición y fortalecer algunos de sus argumentos.

¿Puede, entonces, servirnos *Admiranda* para entender mejor *nuestro* mundo? Es posible que el tiempo haya adelantado a esta obra. Como hemos dicho antes, uno de los mayores intereses que ofrece *Admiranda*, si no el mayor, es poder estudiar de primera mano el método histórico humanista, que ya hemos explicado. Tal vez Lipsio tenga más que decirnos sobre *su* tiempo que sobre el *nuestro*, habiéndose convertido, paradójicamente, en lo que deseaba evitar, en un anticuario para nuestros días. Es preciso añadir —aunque pueda ser evidente— que si se acude a la obra de Lipsio no se hace buscando en ella información precisa del Imperio romano —en todo caso, la encontraremos en las notas de Ballesteros—, es decir, lo interesante es el discurso en sí, cómo se ha formado, sus justificaciones y la visión humanista que ofrece de la historia. Seguramente, el mayor logro de *Admiranda* es haber construido un diálogo entre la Antigüedad y la Modernidad, sirviendo como precedente para muchos historiadores que han utilizado posteriormente este valioso paralelismo entre el pasado y sus correspondientes contemporaneidades.

Por lo tanto, podemos concluir que *Admiranda* es una obra que la prudencia no permitirá incluir en el *Canon* de la Literatura Universal, pero que sí debería considerarla como una muy importante narración histórica sobre Roma. Los grandes libros tienden a eliminar grandes bibliotecas y seguramente, sin el trabajo del profesor Ballesteros, que ha recuperado a Lipsio para el público español, el humanista flamenco habría sucumbido bajo el peso de *Decline and Fall*. Aparte del valioso contenido anticuario e historiográfico, no mucho más puede aportar una loa a Roma a una edad que ha *declinado* el imperio.

Luis Rupérez Olmedo
Universidad de Valencia

⁶“¿Tú a favor de una injusticia tan evidente?, pues, con toda certeza, arrebatában lo ajeno, se apropiaban de ello y lo transmitían a los descendientes.” (p.155). Habla el discípulo.